

de P. Pascual Chávez Villanueva, SDB

## EL EVANGELIO A LOS JÓVENES

# LOS SIGNOS DEL REINO: LOS MILAGROS

**E**s indudable que, en nuestro tiempo, no resulta fácil hablar de los milagros. Un escritor católico de los años 60, Louis Evelyn, al afrontar esta dificultad escribía, en forma provocatoria y muy discutible: “Nuestros antepasados creían en Dios a través de los milagros; nosotros, en el tiempo actual, a pesar de los milagros”<sup>1</sup>.

Por otra parte, con frecuencia se utiliza esta palabra para designar fenómenos fuera de lo común, como cuando se habla de “los milagros de la técnica,” o peor aún, cuando se confunde con la magia y la brujería, tan extendidas, desgraciadamente, incluso en los países del así llamado “primer mundo.” Hay que decir que el milagro, entendido cristianamente, no tiene nada que ver con esto.

El “milagro” constituye, ante todo, una acción de Dios en el mundo y en la vida de los hombres. En el fondo, nos recuerda que Él es el Señor de la Creación y de la historia. Vayamos a la fuente misma desde la cual podemos entender lo que es el milagro: la vida y la acción de Jesús, el Hijo de Dios hecho Hombre. A través de los Evangelios, que sin duda no constituyen una “crónica” pormenorizada de su acción, sino que son ante todo testimonios de fe, llegamos a un núcleo histórico firme y seguro.

En el evangelio de Marcos, el más antiguo, los relatos de milagros ocupan casi la mitad de la sección que precede a la pasión y muerte del Señor. En proporción un poco menor, aparecen también en Mateo y Lucas. En el evangelio de Juan, su número se reduce a 7, pero aumenta de tal manera su relevancia, que toda la parte que se refiere a la vida pública de Jesús (desde el segundo capítulo hasta el duodécimo) se le conoce frecuentemente como “el libro de los **signos**,” por la relevancia que Juan da a los milagros, acentuando su carácter de manifestación del ser y de la misión del Señor. Podemos concluir que quedaría muy poco de los evangelios, fuera de los relatos de la Pasión, si quisiéramos quitar de ellos los relatos de milagros. Pero no sólo es su cantidad la que sobresale, sino también su relevancia y centralidad.

Para penetrar en el sentido de estas acciones extraordinarias de Jesús, reflexionemos en un texto evangélico particularmente significativo. Encontrándose ya Juan el Bautista en la cárcel, por obra del rey Herodes, envía a dos de sus discípulos a preguntar a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Lc 7:19-21; cf. Mt 11:3). La pregunta no es indiferente, ni es expresión de curiosidad: quien pregunta es el Precursor, el que debía preparar el camino de aquel “que ha de venir”: una expresión que se refiere al Mesías, el Salvador que Dios había prometido a su pueblo. Además de que “tiene derecho” de preguntarlo, el peligro de muerte inminente en que se encuentra hace que la pregunta se entienda de esta manera: “¿puedo morir tranquilo, o mi misión no está cumplida aún?”. Lucas añade, en relación al texto de Mateo, un detalle: “En aquel momento (Jesús) curó a muchos de sus

---

<sup>1</sup> Citado por R. LATOURELLE, *Miracoli di Gesù e teologia del Miracolo*, Assisi, Cittadella Editrice, 1987, p. 34.

enfermedades y dolencias y de malos espíritus, y dio vista a muchos ciegos. Y les respondió: **‘Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!’** (Lc 7:21-23; cf. Mt 11:4-6).

La respuesta de Jesús es de una claridad total, para quien conoce, como el Bautista, la predicación profética, pues presenta, por decir así, las “credenciales de su Mesianismo,” aquellos signos que lo autentifican, según las palabras de los profetas del Antiguo Testamento, sobre todo Isaías (26:19; 29:18; 35:5; 42:7; 61:1). En este sentido, es una respuesta mucho más segura, para Juan, que simplemente decirle: “sí, lo soy”: con ello no habría dado al encarcelado ninguna seguridad, en especial porque los evangelios no soslayan el hecho de que el Mesianismo de Jesús no coincidía con lo que Juan mismo esperaba.

Las palabras de Jesús en este texto muestran una progresión en las acciones “milagrosas,” hasta llegar a la más importante: devolver la vida a un muerto. Pero no se queda aquí, sino que hay todavía un signo mayor: **“se anuncia a los pobres la Buena Nueva.”** Aquí encontramos, de una manera muy clara, el valor y el límite de los milagros. El signo por excelencia no son los prodigios, por más extraordinarios que sean, sino la predicación del Reino. En este horizonte del Reino, los milagros, al mismo tiempo que son preanuncio de una salvación *integral* a la que Dios nos ha destinado, en la cual tiene un papel esencial también el cuerpo que no sólo tenemos, sino que *somos*, constituyen también una invitación a aceptar el Reino, y a colaborar en su construcción. Para Jesús, el milagro no es meta, sino punto de partida; y menos aún es un sustituto de la fe, sino su consecuencia.

Encontramos otros pasajes del evangelio en los que Jesús relativiza aún más el valor de los milagros. Cuando los fariseos y escribas, que no aceptan su mensaje, le exigen signos prodigiosos, responde el Señor: “Esta generación es una generación malvada; pide un signo, pero no se le dará otro signo que el signo de Jonás” (Lc 11:29-30). Dicho “signo” en el caso de Jonás no fue otro que su predicación, en la cual no existió ningún elemento extraordinario: y sin embargo, provocó la conversión total de Nínive. Pero aún más radical aparece esta relativización de los milagros en la parábola de Lázaro y el rico egoísta. Cuando, hacia el final de la parábola, el rico pide a Abraham que permita que Lázaro se les aparezca a sus hermanos, para que se conviertan, Abraham le contesta: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque un muerto resucite” (Lc 16:31). En el evangelio de san Juan encontramos la misma dinámica: donde no encuentra Jesús la actitud fundamental del creyente, que es la **fe**, los “signos” no tienen ninguna eficacia: los judíos que recibieron el pan multiplicado milagrosamente, al final lo abandonan (cf. Jn 6).

Peor todavía: es necesario reconocer que los milagros que Jesús realizó no hicieron más fácil o aceptable su misión y su predicación, sino que, paradójicamente, fueron uno de los factores que le llevaron a la muerte. La expresión más dramática de ello la encontramos en el evangelio de san Juan: los jefes del pueblo deciden dar muerte a Jesús... ¡porque Él da la vida! (cf. Jn 11:45-53; 12:9-11).

Sería muy interesante continuar este tema profundizando una cuestión que para muchos católicos constituye un problema: el sentido de los milagros que pedimos a la Santísima Virgen María y a los santos. Por una parte, es indudable que todo milagro es obra sólo de Dios; pero también es cierto que es válida la intercesión de la Madre de Dios y de sus “amigos,” los santos y santas. La evangelización y catequesis deben purificar este rasgo típico de la piedad popular, sin por ello considerarlo equivocado, o un vestigio de “paganismo.”

Un ejemplo de sano equilibrio de parte de la Iglesia frente a los milagros lo vemos en los procesos de beatificación y canonización: no se declara santa a una persona simplemente porque haya hecho grandes acciones, incluso milagros; sino que se analiza, de una manera exhaustiva, toda su vida. Pero para que este proceso culmine, es *necesario* certificar un milagro que Dios ha realizado por medio de su intercesión.

En la vida de San Juan Bosco encontramos, con frecuencia, acciones extraordinarias de Dios que podemos llamar, en algunos casos, auténticos milagros. El mismo Don Bosco alude a ello, cuando dice:

“Si confiáis en María Auxiliadora, veréis lo que son milagros.” Sin embargo, esta confianza en Dios y en la Virgen María jamás le ahorraron su entrega incansable y sus innumerables fatigas por el bien de sus muchachos. En el fondo, también Don Bosco habría aceptado una frase, que más allá de un simple juego de palabras, encierra una verdad muy profunda: el mayor milagro que Dios puede realizar en nuestra vida, es que creamos en su Amor sin necesidad de milagros.